

Niebla.

José Antonio Luer

2019

Sugerencias al director o didascálicas:

Estimad(a), espero que se encuentre bien al recibo de mi carta. Estos años lejos de Viña Del Mar han sido para mí un desaire ineludible. Sus calles de pronto, sus victorias, me parecían un decorado ridículo e innecesario. Había estado extrañando los pasadizos de Francia y el petricor del campo. Aquí, describir las imágenes cotidianas de manera poética ya no era tan efectivo pero si se podía, desde luego, evocar algunos sentimientos del pasado. No quiero seguir extendiéndome con esta carta. Iré al grano; Quiero que quién cargue la historia de mi muerte sea una mujer joven. No demasiado joven. Pero joven. No demasiado bella. Pero bella. Tampoco carente de gracia. Pero que en el escenario cargue con una fuerte atracción poética. Que sea como una pintura que en un principio no entiendes pero que te cautiva con su misterio. Al autor podría decirle que se esfuerce en ello (en no representarme borracha) y que estéticamente la puesta en escena sea elegante, bella, con acordes de piano y destellos de luces parecidos al zafiro. La oscuridad. Nunca olvidar la oscuridad. Plasmar en ella lo que completa la luz. Mis recuerdos son... Puros destellos de luces. Y sombras. Sería prudente entenderlo de esa manera. Sería prudente también acudir a mi novela auto biográfica; "La última niebla" y desentrañar en el espacio sus imágenes. Es que es una suerte de diario de vida. No soy ajena a mis contemporáneos, los elementos que sean necesarios para nutrir esta idea son buenamente bienvenidos.

Atte,

María Luisa.

INDICE.

Niebla.....	4
Vigilia.....	10
Adormecimiento.....	15
REM.....	27

Niebla *

[En un auditorio repleto de personas. Una silla en el borde del escenario. Un micrófono. Quizás una cámara. Un tumulto de gente conversadora, expectante pero que hace ruido. Atentos y dispersos. Una joven mujer entra tímidamente al escenario. Está distraída. Titubea, mira hacia atrás, da unos pasos y vuelve. A ratos se ve como dormida, como suspendida en los hilos del tiempo. Se sienta en la silla, toma el micrófono y sonrío carismáticamente. La multitud calla. Un silencio inesperado. El auditorio oscuro. La joven mujer mira atentamente al público en espera de que todas las partículas se ubiquen como en una organizada danza. Silencio total.]

MARÍA LUISA

Cuando me dijeron que viniera a la entrevista
La verdad es que no sabía qué era lo que iba a decir.
Y puedo decir que todavía no sé.
Sólo puedo pensar en el cuento.
Pero ya que estoy aquí y la pregunta es una prefiero ir al grano.
Es difícil la pregunta igual.
Porque yo no conozco a esas personas.
Y no soy una gran escritora.
No soy una gran mujer.
No soy una gran nada.
Nunca aspiré mucho a eso.
A ser algo en realidad.

EN REALIDAD.

En realidad...
No sabría qué decir.
Discutamos la cosa sin eufemismos;
¿Quién se supone que soy yo?...
¿Quiénes se supone que son esas personas?...

Para mí no tiene sentido.
Porque la realidad no lo tiene.
Para mí lo único que tiene sentido en este momento es el cuento.
¿Por qué un cuento tiene sentido?
Ya sé que esa no fue la pregunta.
Pero ¿por qué cristo crucificado sí?
No es un tema moral.
Estoy intentando entender.
Pero la pregunta.
Ya sé.
El cuento.
Bueno venía caminando hacia acá cuando...
Vi la ventana.
Se asomaba el árbol por la ventana y no dejaba ver lo que había afuera.
¿Se da cuenta?...
El árbol tapaba todo lo que yo podía ver.
Y era lo mas real que había.
El mundo exterior no existía.
Si yo podía ver el árbol.
Yo era real.
Yo y el árbol.
Lo demás era...
Bueno, la pregunta.
Ya sé.
venía caminando hacia acá cuando me hicieron la pregunta.
Después vi la ventana.
Por eso me distraje.
Si hubiese visto la ventana después
Quizás hubiese podido contestar la pregunta.
Pero la pregunta no la puedo contestar.

Porque estoy pensando en el cuento.
Creo que ya quedó claro lo del cuento.
Pensé que podría ser...
Es que no quiero parecer ensayista.
Yo no soy ensayista.
No doy discursos.
No estoy defendiendo una tesis literaria.
O filosófica.
No me interesa.
¡Que lata!...
Si yo ni siquiera sé escribir versos.
A mi me importan otras cosas.
Pero la pregunta.
Es curioso lo del árbol igual.
Perdón.
No quiero extenderme con esto.
Es que nunca lo había pensado tanto.
Ósea, yo escribí del árbol.
Así se llama el cuento de hecho.
“EL ÁRBOL”.
Pero nunca me había dado cuenta.
Es la imaginación la que se adelanta a las cosas.
La que nos enseña el ocultismo.
Nos permite descubrir el mundo.
Pero dicen que el mundo ya está descubierto.
Frente a esa idea prefiero rendirme.
Frente a esa idea me están matando.
Es una idea que NOS está matando.
Que nos deshumaniza.
De manera lenta y fría.

Sin violencia.
Pero como un estrangulamiento.
Es violencia mas silenciosa.
Mas de moda.
Derribaron los árboles y empezaron los cuentos.
Es mentira todo ese cuento que han armado.
No el del árbol.
El otro.
El realista.
El que vivimos.
Es... absurdo creer tanto en cosas que no significan nada.
Porque nada significa nada
Y la nada significa mas que nada.
Porque habita el ámbito de lo imposible.
La pregunta.
Ya sé que me estoy enredando.
La pregunta.
Ya sé que esa no era la pregunta.
La pregunta.
Pero quiero terminar.
A lo que voy es que...
El árbol...
Es la nada.
Y cuando el árbol lo cortan.
Como en el cuento.
Porque al final del cuento Brígida grita,
“El árbol, Luis, el árbol. Han derribado el gomero”.
Y lo derribaron.
Entonces cuando lo derribaron.
Cuando lo DERRIBAN.

Están derribando el ámbito de lo imposible.
Y frente a eso yo me rindo.
Porque entonces ya no queda nada.
Ni la nada.
Que es para mí la única finalidad de la vida.
Porque es agradable ser ignorante.
Que no es lo mismo que ser inconsciente.
Pero la ignorancia es para mí la cosa más importante.
No saber es un lujo que ya no se presta.
Lo arruinaron.
La pregunta.
Ya sé.
Allá voy.
Sí.
Yo la contestaría feliz.
De verdad.
Lo que pasa es que no me acuerdo.
No me acuerdo de la pregunta.
No me acuerdo de qué trataba.
Me distraje con lo de la ventana.
Y el cuento.
Y el tema de la nada.
Y el árbol.
...
Ah.
Ya me acordé.
Que si pudiera viajar al futuro
qué le diría a las personas.
Mira.
Yo no soy una mujer tan importante.

Ni siquiera soy una gran escritora.
Solo soy una mujer que escribió cuentos.
Pero si pudiera hacerlo.
Es decir,
Si lo hiciera...
No les diría nada.
Les leería mi obra.
Porque posiblemente ya sea obsoleta.
Y esa será su época mas importante.
Porque la gente será ignorante de lo que escribí.
Y porque para entonces el mundo estará en una crisis tremenda.

Vigilia. (I)

[María Luisa boca abajo en el suelo, con una bata de dormir. Despeinada. Ha sido víctima del desvelo. Todo el espacio es un revoltijo, papeles, copas a medio beber, libros... De pronto un movimiento involuntario, es el antebrazo de la mujer golpeando el piso como si estuviese tocando una puerta. Se levanta y va a los papeles, divaga, se recoge el cabello, enseguida se acerca a la ventana y en un tiempo inusual la abre. Se queda mirando el exterior como si por fin allí, pudiera respirar. La Niebla entra inmensa adentro de la casa. La noche y el tiempo parecen estar en una detenida danza. Una lámpara se enciende a su propia voluntad. Lo muerto es de pronto parecido a la vida.]

Esta noche no logro dormir.

Salto de la cama a cada segundo.

Y el silencio del mundo es tan grande.

Estoy tendida y sueño.

O creo que sueño.

Quiero creer que sueño.

De pronto recuerdo que debo vestirme y salir.

Que no debo desperdiciar mi tiempo en los sueños.

Que debo ponerme mi abrigo y mi sombrero de paja.

Miro a través de la ventana y pienso que mi vigilia no se debe solamente a mi deseo sino que... Es una especie de acuerdo con la naturaleza.

No puedo recordar dónde dejé mis zapatos.

Toco mis piernas para saber que estoy aquí.

De pronto todo fuera de mí es como la...

Niebla.

Debía... Debía sentirme fuera de la...

Niebla.

Es imposible.

Imposible amar sin que pase por uno.
Frasas inventadas que tengo.
Estoy buscando la misma plaza.
La misma calle empinada.
Busco mi sombrero de paja.
Y mi abrigo.
Esta vez guiada solamente por el instinto.
Algo poco seguro para los cálculos matemáticos.
De nuevo en mí este dolor punzante como un grito.
Salgo y me siento en la oscuridad.
Detrás de mi.
Mi casa permanece totalmente oscura.
Veo moverse luces entre los árboles.
Bultos de hombres avanzan con infinitas precauciones,
trayendo grandes ramas encendidas en las manos a modo de antorchas.
Oigo el jadeo precipitado de los perros.
-¿Buena suerte?- interrogo con júbilo.
¡Maldita niebla!
Rezonga Daniel, por toda respuesta.
(Daniel es un personaje de mi novela, mi esposo, en ese entonces de ensueño.)
Hombres y animales vienen a desplomarse, exhaustos, a mis pies. Hombres y animales
vienen a desplomarse, exhaustos, a mis pies.
Hombres y animales vienen a desplomarse, exhaustos, a mis pies.
Maldita.
Maldita.
Maldita niebla.
Rezonga Daniel y yo le sigo.
Porque en algo tenían razón los hombres.
Y era en que...
Es difícil caminar hasta el Alba de la noche con una niebla semejante.

Pero yo lo intento.

El portón es menos pesado de lo que pensaba.

Lo cierro.

Echo a andar, calle arriba.

Camino por la tierra.

Entro en un bosque que de pronto es mi brújula.

Contemplo la anatomía de un árbol que en un segundo se vuelve hombre.

Un hombre que es como la... Niebla.

[María Luisa se pone su abrigo, casi como un acto didáctico, comienza a recrear las situaciones de su relato.]

[Una luz leve ilumina a las personas, ojos atentos a las palabras de Bombal en su entrevista que ahora son parecidas al sueño, que es lo mismo. Un jardín abandonado. Naturaleza muerta. En la secuencia de amor debe estar presente, como un cuerpo, la maquina de escribir y sus retazos de tinta.]

Ando.

Pero ahora un desconocido me guía.

Me guía hasta una calle estrecha.

Y en pendiente.

Estrecha.

Estrecha.

Estrecha como mi vejez última.

Me obliga a detenerme y tras una verja

distingo vagamente un jardín abandonado.

Así lo podría escribir.

O describir.

Luego proseguiría;

Dentro de la casa la oscuridad es completa.

Y me lleva.

En la oscuridad una mano tibia busca la mía.

Es la fantasía de pronto hecha hombre
a causa de puro entusiasmo que no se desata.

Las mujeres y los hombres no nacimos para no desatar nuestras pasiones.

Mas bien deberíamos abrirlas, como el niño que abre los nudos de sus zapatos en la infancia.

Y prosigo;

Doy un paso dentro de una habitación cuyas cortinas descoloridas comunican no sé qué encanto anticuado, no sé qué intimidad melancólica.

Todo el calor de la casa parece haberse concentrado aquí.

La noche y la neblina pueden aletear en vano contra los vidrios de la ventana; no conseguirán infiltrar en este cuarto un solo átomo de muerte.

Mi amigo corre las cortinas.

Y ejerciendo con su pecho una suave presión

Me hace retroceder lentamente.

Un singular pudor me impulsa a fingir miedo.

El entonces sonrío.

Pero su sonrisa, aunque tierna,
es irónica.

El está frente a mi.

Desnudo.

Su piel es oscura.

Pero un bello castaño

A la luz de la lámpara

lo envuelve en una aureola de claridad.

Sus brazos cuelgan inmóviles.

La grave sencillez de su actitud le confiere como una segunda desnudes.

Casi sin tocarme me desata los cabellos y comienza a sacarme el vestido.
Me someto a su deseo callada y con el corazón palpitante.
Ardo en deseos de que me descubra cuanto antes su mirada.
La belleza de mi cuerpo ansía, por fin,
Su parte de homenaje.
Anudo mis brazos tras la nuca.
Trenzo y destrenzo las piernas y cada gesto trae consigo un placer inmenso y completo.
Como si por fin,
tuvieran una razón de ser mis brazos y mi cuello y mis piernas.
Aunque este goce fuera la única finalidad del amor
me sentiría ya bien recompensada.
A mi garganta sube algo así como un sollozo.
Y no sé por qué empiezo a quejarme.
y no sé por qué me es dulce quejarme.
Y dulce a mi cuerpo el cansancio infringido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos.
Recuesto mi rostro sobre su pecho.
Su carne huele a fruta.
A vegetal.
Escucho nacer, volar y recaer su soplo.
Cada célula es un eco sonoro.
(La mujer cae cansada.)
Al terminar tomo mi sombrero.
Además de un abrazo
como a todos los amantes algo nos une para siempre.
Algo material.
Concreto.
Indestructible.
Un testigo de que todo fue real;
Mi sombrero de paja.
[Un sombrero de paja, levita con la simpleza y el control con que levitan los colibríes.]

Adormecimiento. (II)

[María Luisa va a su armario y toma un viejo vestido de fiesta que hubiera ocupado para una ocasión especial. Lo abraza a su pecho y lentamente comienza a envejecer. Es ahora una vieja. Su corporalidad y gestualidad jovial han sido reemplazadas por un estado de abandono. Se sienta y se comienza a desvestir, descubre su torso. Todo alrededor es oscuridad y silencio. Nada se parece a la fantasía. Mas bien todo es realidad, y la casa del amante es ahora su casa, un espacio terco y frío que a diferencia del amor, se parece al olvido.]

Esta no soy yo.

Esto no soy yo.

No quiero hacer el monologo.

Estoy harta del monologo.

Estoy harta de las preguntas.

[silencio]

País de mierda.

Gente de mierda.

Poetas de mierda.

Siempre dispuestos a interesarse por todo.

Y tosen, fuman, hablan fuerte.

Hablan de lo que trata la poesía.

Y la poesía no se trata de nada.

Cuando lo hacen la están matando.

Porque los hombres matan.

Y no cargan la vida porque les falta un vientre y sin embargo

Podrían tener tantos vientres como hijos tienen.

Pero deciden matar.

Y nosotras decidimos parirlos.

Algo habremos hecho mal también las madres.
Digo, algo habremos hecho mal para esculpir tanta mierda.
A mi no me educaron para hablar así...
Lo que sucede es que a mi me educaron demasiado.
Eso te parte la cabeza.
Los seres humanos no nacimos para ser educados.
Nacimos para **educarnos**.
Es bien diferente.
Y aquí te educan por vergüenza.
No por una identificación con la especie.
Este es un país en donde sus facciones se han endurecido súbitamente.
Tocamos en ellas una fibra muy definida.
Definitoria.
Nadie quiere tanta anticipación.
Ni riesgos.
Y me llaman antipatriota.
Pero yo IMAGINO otros lugares posibles
En los cuales me siento mejor.
Luego puedo ver esos lugares.
Y no soy una vidente.
Es la imaginación la que se adelanta a lo que una es.
La imaginación es capaz de anticipar las cosas.
Y no es un rollo político.
Lo mío es algo espiritual.
Además pienso que la política es cosa de hombres.
Que se ocupen ellos.
A mi me gusta este árbol.
Esta plaza.
Este río.
En la política que se pierdan los hombres.

Ellos matan.

Ellos roban.

Yo me dedico a otras cosas.

¿De qué estaba hablando?

VOZ DE UN HOMBRE: Estabas en la conversación con la gravedad.

Ah, si...

El monologo.

El monologo de la vieja.

El de la madre que no puede matarse.

Porque yo ahora ni derecho a suicidarme tengo.

Porque tuve una hija.

Y no puedo dejarle ese recuerdo a ella.

Además pienso que el suicidio de una mujer vieja es una cosa inútil y repugnante.

Ella era como yo.

Era como la maleza

Que se adhiere a un ataúd viejo.

Como una espina seca a la que no le da sed.

A mi si me da sed. Yo siempre tengo sed.

Todavía tengo el regalo que me llegó de ella.

Una bata.

Que extraño, pensé...

Por qué una bata y no otra cosa.

Supongo que son de esos regalos que se dan así

Sin pensar.

Es como regalar calcetines.

Las ganas de regalar están.

¿De qué estaba hablando?

VOZ DE UN HOMBRE: Estabas en la conversación con la gravedad.

Ah.

Cierto.

Entonces.

Ahora me levanto y camino por la casa,

Paso por el comedor y veo el mantel limpio.

Desespero.

[La vieja se levanta. Termina de vestirse. Toma un mantel blanco impecable que permanecía guardado, lo sacude. El polvo parece ácido, y la batalla con el mantel una guerra. Finalmente desiste. Pone el mantel en un extremo y se queda mirándolo.]

El mantel.

Tengo que cambiar ese mantel horrible.

A quién se le ocurre tener un mantel blanco en una casa vieja.

Si realmente viniera gente a comer aquí

Llevarían a lavar ese mantel una vez a la semana.

Pero aquí no comen ni los empleados.

Ni los niños.

Ni yo.

Porque ya no queda nada.

Porque ya no queda hambre de nada.

Vieja.

Vieja.

Vieja.

Vieja.

Vieja.

Vieja.

Mesas viejas.

Techos viejos.
Libros viejos.
Necesito salir a tomar aire.
Voy... a la plaza.
¡Voy a la plaza!.
Que alguien me responda por la mierda.
¡Voy a la plaza!
¡Voy a la plaza!
¡Voy a la plaza!...
¿No hay empleados aquí?
Dejaron su ausencia cuidándolos.
Bueno.
Quien sea que me esté oyendo.
Deje cerradas las cortinas.
Y lave ese mantel.
Porque si sigue aquí cuando yo vuelva...
Lo quemó.
Lo quemó junto con la casa.

[En 1934 sonaba Carlos Gardel, a lo lejos en una ciudad, posiblemente en un bar o cantina. María Luisa Bombal publicaba su novela en Buenos Aires. Aires de buenos aires reemplazan la niebla y el martirio de hace unos momentos. El espacio es ahora el recuerdo dorado.]

1934. Esta soy yo. Se publicó mi novela *La última niebla* por primera vez en Argentina. Y aunque no lo parezca, dicen que soy una surrealista. Digo aunque no lo parezca porque me

siento bastante cómoda con las estructuras. Con la academia validando mis obras y catalogándome de cosas que supuestamente soy. ¿Que en qué me inspiré?... Yo diría que *La última niebla* se trata de un diario de vida, para no decir que es una novela autobiográfica. 1934. Le seguirían publicaciones en Chile, Brasil, Suecia, Francia, Japón, Estados Unidos e Inglaterra. Todo parece ir muy bien. Aplausos en la maleta. Un halcón en los pies. Me siento como una canción de Gardel. Incluso ya puedo hablar sin tanta metáfora en las palabras. Estoy... No sé. ¿Cómo se dice? ¡Relajada!... ¿Relajada?... Sí. Estoy así. Copas vienen y van. Pero no son las responsables de mi estado. Es más bien una sensación involuntaria. 1934. Mi libro conmueve a la gente. Mujeres se me acercan en las plazas. Me abrazan. Me miran. Me miran... Hombres aprecian el arte de una mujer. ¡En Chile se aprecia la literatura de una mujer! Parece una gran revolución. Pienso en grandes cambios. Los de corbata me saludan de par en par. Hasta se atreven a insinuármeme así, sin más... Yo me doy cuenta, les pido que me paguen otra copa, y me voy, así, sin más... 1934. Soy joven y sigo inspirada. Me relaciono con las grandes figuras de la escena literaria, García Lorca, Pablo Neruda, Borges, Pirandello. Yo soy la única mujer. “Vamos al Café Bosco...” No, no señores... No me quedo hasta más de media noche... ¡Pero si solo estaba bromeando! ¿De que vamos a seguir hablando? Seguir discutiendo mi novela me parece algo trágico y desagradable. Pero si quieren saber, la historia está basada en mi primer amor, que terminó a balazo limpio. (*Ríe*) ¿Qué?... ¿Creen que una mujer no puede debatir?... Tienen razón. **No me gusta la política.** ¿Quieren hablar de poesía? Pero si la poesía no puede ser algo calculado, Llega así, sin más, Es espontaneo, ¡Es una expresión del alma!...

[En la entrevista nuevamente. Aunque es como si no nos hubiésemos ido nunca. María Luisa tal y como era en su adultez. Con micrófono encendido. Se demora un poco en comenzar. Se ve un tanto desconcertada y desganada, como si no quisiera participar.

Finalmente comienza a hablar y una vez habiéndolo hecho no se detiene. Se sirve una copa de vino.]

¿Para qué seguir con la entrevista?.

La gente se aburre.

No les interesa.

...

Todavía estoy reteniendo las primeras dos preguntas.

Déjeme retener esta.

Bueno.

Hablan de eso todo el tiempo.

Los diarios hablan mucho de eso.

No culpo a los diarios.

Culpo a quienes los escriben.

Pero yo no soy una asesina.

Por favor.

Sí podría llegar a matar a alguien.

Pero eso es muy diferente a ser una asesina.

Aunque estuve apunto de serlo.

Pero bueno.

La pregunta.

Llegué a Chile en el trasatlántico *Reina del Mar*.

Estuve varios años en Francia.

Había estado instruyéndome en el violín.

Pero lo dejé.

Nunca aprendí la llave de FA.

Además mi maestro insistía en que tocaba de memoria.

Sólo tocaba memoria.

Que desgracia.

No acepto hacer las cosas “de memoria”.
Es como ser tratada de “literal”.
Asique volví a Chile.
Un lugar lo suficientemente literal
Para pasar desapercibida.
Parecía lechuza.
Volando de un lugar a otro.
Tenía algo de eso en ese tiempo.
Me bajé del barco
Como quien se baja los pantalones.
Pero tenía tres maletas en la mano.
Tres.
No se puede bajar de un barco sosteniendo tres maletas.
Es imposible.
Es como aparentar tener tres brazos.
No se puede.
Y no tenía caso que me haga la fuerte.
La pregunta.
Ya sé.
Voy a eso.
Cuando estaba ahí vi a mi madre desde la barandilla.
La saludé.
Estaba distinta la señora.
Más vieja.
Medio inmóvil.
Así como diluyéndose.
Y a su lado
Este hombre...
Aquí respondo mas o menos la pregunta.
(Silencio)

Inmediatamente llamó mi atención.
No sabría decir por qué.
Simplemente fue así.
Llamó mi atención.
Y es raro porque ni siquiera podía verle la cara.
Se acerco a mí y me saludó.
Me temblaban los ojos.
Qué raro que los ojos tiemblen.
Los ojos miran, no tiemblan.
Las manos tiemblan.
Los ojos no.
Tomó mis maletas,
Me ayudó a bajarlas.
Caballero.
“Eulogio” me dijo que se llamaba.
“Eulogio”...
Me pareció como el nombre de una antigüedad.
Síntoma de previa fantasía delirante.
Es como denomino yo a esa sensación.
O...
Inspiración cancerígena.
Ya sé que eso no responde la pregunta.
Es que no soy buena para responder preguntas.
No sé si se habían dado cuenta.
Me distraigo fácil.
...
Eulogio se convirtió en muchos hombres.
Y fantasmas.
Se convirtió en mi amante y mi fantasía.
Se convirtió en mi problema filosófico.

Podría haber escrito un ensayo filosófico acerca de lo “real”.
Ya sé que dije que no soy una ensayista.
Pero por Eulogio lo era.
Era de esa clase de personas que te confunden con una mirada.
Que no sabes leer ni bajo una luz.
Que solo puedes sacar de contexto.
Que no sabes en qué terreno de la tierra estás.
Lo que pasa es que yo caí en la des fortuna de tener mucha imaginación.
Aquí voy al grano.
Una noche...
Salí de mi casa.
Vivía con mi esposo en ese tiempo.
Y me lo encontré.
A EULOGIO pues.
Tomó mi mano en la oscuridad.
Y me llevó calle arriba
Hasta una plaza.
Entramos a una casa.
Luego hacia una habitación cuyas cortinas descoloridas comunicaban no sé qué encanto
anticuado.
Espere.
No.
Eso era de “La última niebla”.
...
Es lo mismo con lo del árbol.
Se me mezclan.
El árbol.
La niebla.
La pregunta.
A eso voy.

Bueno, la cosa es que en un momento de mi vida
Ya no sabía si debía vestirme para ir a ver a Eulogio o a algún fantasma.
Era presa de mi utopía.
Y me devoraba lento.
Me saboreaba lento.
Me digería lento.
Todo lento.
Así lo conocí.
No sé si eso responde la pregunta.
Pero sí.
A veces me paso horas enteras pensando en eso;
En las cosas que no hubiesen pasado
Si lo hubiera conocido a él.
En las que hubiese vivido,
Si no hubiese estado pensando tanto...
Y en las que hubiesen pasado
Si me hubiese quedado sola.
Con la última opción
Siempre me imagino mejores resultados.
Y es cuando pienso...
Perdemos tanto por temor a quedarnos solas...
¿Terminamos?.

Rem. (III)

[María Luisa cae en un sueño profundo. Su identidad se limita al personaje central de su novela La última Niebla, esa es realmente ella. Ahora, transita entre espacios de sueño y mal sueño, entre luces y sombras, buscando encontrarse a si misma.]

Vuelvo a la casa misteriosa.

Y nada.

No sé si sueño, o vivo.

O ambas.

Mi memoria audaz y disparatada de cafeína nocturna

Era ahora algodón fúnebre.

Mi amante entra a la habitación.

Y es de pronto real.

Se apellida *Sánchez* y vuela aviones.

Pero ya no es ese sismo en la piel.

Ese volcán.

Esa dulzura secreta.

(Pausa)

¿Por qué me miras como si me estuviera convirtiendo en niebla?

¿Por qué me miras como si fuese un violín amortajado?

¿Por qué me miras con tanto control en los ojos?.

Yo no soy niebla, ni árbol, ni atadura de hinojo.

¡Soy yo! ¡María Luisa!

Y estoy aquí esperándote.

Llamando a tu puerta aunque no respondas.

(Pausa)

Cuando lo miraba a los ojos

Era como mirar un viejo relicario.

A veces tenía que sacudir el polvo
Que alojaba su mirada.
Y soplar las velas...
Porque en la oscuridad
Su cuerpo se volvía evidente
Y recién ahí
Podía percibir un pedazo de su alma.
Su alma chueca.
Como las patas de las sillas.
Chuecas de frío.
Chuecas de peso.
Chuecas de tanto sentarse
Pata chueca.
“No tienes corazón.”
Late dentro de ti un corazón
Que no puedo oírlo sino rara vez
Y de modo inesperado;
Cuando se sale de tu cuerpo
Y queda regado en el piso de la cocina
Latiendo fuera de su lugar y su tiempo.
Te escribo una carta:
“Nunca estuviste conmigo cuando estabas a mi lado.
Nunca estuve con nadie cuando estuve acompañada.”
No me respondes.
Perdí tanto por vivir en sueño.
No me daba cuenta de las cosas.
Si cuando pienso en mi pasado
Me parece el pasado de otra persona.
Tan ajeno y tan distante...
Por consecuencia

No puedo reconocirme conmigo misma.
Solo recuerdo pequeñas luces.
Frases.
“Por qué me miras como si me estuviera despidiendo siempre”.
En mis manos
Ya no más.
Cargo un trozo de fuego.
Se pararon los relojes de la casa.
Cuando me daba mucha rabia se paraban los relojes de la casa.
La cargué hacia mí.
Sin temor al infierno.
La cargué hacia mí,
Pesada y fría.
Fui al escritorio.
Tomé el arma.
La cargue hacia mí.
Disparé en mi cuello.
Mi cuello torcido.
Mi cuello de cisne torcido Eulogio.
Mi cuello torcido Eulogio.
Mi cuello.
Mi cuello de cisne torcido.
De cisne.
Mi cuello Eulogio.
Mi cisne torcido.
Mi cuello.
¡Eulogio!...

[La pala de Daniel aparece en escena de manera inesperada. Daniel es el personaje de la novela "La última niebla", trabaja en la hacienda en el cultivo de la tierra. En este espacio irreal la pala cobra vida, y es Daniel hablando a través de la memoria del objeto. María Luisa permanece confundida. Su necesidad de dialogar consigo misma es evidente, se acerca a la pala de Daniel y al tocarla lo evoca.]

-Daniel. Esta es la conversación que siempre quise tener contigo. Antes de tomar mi abrigo y mi sombrero. Y salir desesperada, en busca de mi amante.

-¿Estás ahí?...

-Sí.

-Bien. Entonces... Háblame como la niebla y... Déjame escuchar. Hace demasiado tiempo que no hablamos. Hace demasiado tiempo que no tenemos una conversación. Cuéntame... Cuéntame qué pasa por ti cuando no estás en ninguna parte. Cuéntame a qué sabe la ausencia. Y todas esas estupideces que estuviste escribiendo.

-Esa no era yo.

-¿No?

-No.

-¿Y entonces?...

-Es decir. Era yo. Pero...

-¿Si?...

-Estaba identificándome con el mundo. Supongo que somos un poco lo mismo. Todos. El jardín de enfrente. La plaza. Las esculturas que dibujamos con bordes silenciosos. ¿No te parece que tiene sentido?.

-Si...

-La dificultad que tenemos para vernos es posiblemente uno de los errores mas grandes que tenemos nosotros, los humanos.

-Posiblemente.

-Y ésta muerta...

-Esa muerte no eres tú.

-Esta muerta, sobre la cual no se me ocurriría inclinarme para llamarla porque parece que no hubiera vivido nunca, me sugiere de pronto la palabra...

-Silencio.

-Si.

-Y cuéntame. Qué harás mañana. Y pasado. Y pasado mañana. Qué harás con lo que te queda de vida, si pudieras seguir viviendo.

-La vida es algo ajeno a uno. Te la implantan como las calcomanías. Y de pronto uno no existe. Y produce pequeñas cosas en el mundo. Pero uno no está.

-¿Qué no está?...

-La vida.

-¿Y entonces?...

-Mañana volveremos al campo. Pasado mañana a oír la misa del pueblo con mi suegra. Luego, durante el almuerzo, Me hablarás de los trabajos de la hacienda. En seguida visitaré el invernáculo, la pajarera, el huerto. Antes de cenar, dormitaré junto a la chimenea o leeré los periódicos locales. Después de comer me divertiré en provocar pequeñas catástrofes dentro del fuego, removiéndolo desatinadamente las brasas. A mi alrededor, un silencio indicará muy pronto que se ha gastado todo tema de conversación, y ajustarás ruidosamente las barras contra las puertas. Luego nos iremos a dormir. Y pasado mañana será lo mismo.

-María Luisa, esa es tu novela.

-Y mis vecinas de enfrente, la mujer que se levanta en la mañana para traer el pan. La mueblista. La costurera. La señora del aseo. La madre. La vieja. La desgraciada. La esposa. Las errantes. Esa imagen no es un estereotipo. Es real. No es ficción. Ocurre delante de nuestros ojos. No quiero seguir teniendo esta conversación. Me quiero ir.

-¿A dónde quieres ir?

-¡Me quiero ir! Solo viviré de mis recuerdos. Tan sólo con un recuerdo se puede soportar una larga vida de tedio. Y hasta repetir, día a día, sin cansancio, los mezquinos gestos cotidianos.

-Mas de tu novela. No me interesan tus diarios de vida. Estaremos toda la noche reviviendo la Niebla.

-Estaremos toda la noche caminando sin saber a donde. Pero lo importante es... Que caminaremos.

-Estoy lívido y parezco sufrir. Al entrar en el dormitorio, suelto la lámpara y vuelco la cabeza a la par de una especie de ronquido que me desgarró la garganta. Me miras extrañada. Tardas un segundo en comprender que... Estoy llorando.

-Basta. No puedes hacer eso. Son mis palabras.

-Te apartas de mí. Tratando de persuadirme de que la actitud más discreta está en fingir una absoluta ignorancia de mi dolor. Pero en tu fuero interno algo te dice que ésta es también la actitud más cómoda. Y entonces más que mi llanto te molesta la idea de tu propio egoísmo.

-Me ahogo. Necesito caminar. ¿Me dejas salir?

-Haz lo que quieras.

-Murmura. Y de nuevo recuesta pesadamente la cabeza en la almohada. Me visto. Tomo al pasar el sombrero de paja con que salí de la hacienda. El portón es menos pesado de lo que pensaba, echo a andar, calle arriba.

[María Luisa se pone su abrigo y su sombrero de paja. Como en un principio, sale de la casa.]

[María Luisa toma el micrófono y lo lleva hasta el medio del escenario. Una trazada luz contornea su rostro. Esto ya no es la entrevista. Esto ya no es la fantasía de su obra. Ambas se han entrelazado en el misterio de la vida. Frente a este fenómeno no le queda más que contarnos su final.]

No voy a terminar la entrevista con una respuesta clara.

Ni literal.

Ni literaria;

El terreno de lo confuso y lo desconocido me parece mucho mas cercano a la vida que una respuesta certera.

Pero la pregunta...

Mira.

Aquí nadie recuerda a sus poetas.

Aquí nadie premia la expresión del alma.

Todos quieren ver lo que hay afuera de la ventana.

Nadie se esfuerza en ver dentro de la habitación.

En dejar que el árbol lo tape todo.

Y que ocurra la magia.

Es porque tienen miedo.

De verse.

De confundirse.

De que se les desmorone lo que han construido.

Y así pasan.

Vacíos.

Matemáticos.

Como piezas de mármol y esculturas de cisnes.

Cisnes enteros con sus cuellos prolijos.

Y yo, para poder seguir viviendo,

Necesito que las cosas sean poéticas.

Que tengan corazón

Y cuellos torcidos.

Si no es así, desaparezco.

Caigo como flores rotas.

Sí.

Perdón.

Es que sinceramente yo pienso que mi obra no la leerían en el futuro.

Que no la pondrían en pancartas en un salón o algo así.

Porque intuyo que todos van a estar muy ocupados.

En otras cosas.

Habrà tanto olvido que la memoria no cabrà en el tiempo de nadie.

El olvido es un castigo de esos que carcomen los huesos.

De esos que se te meten por la piel como garrapata.

¿Me entiende?

Un ácaro que se adhiere a la piel.

Muy difícil de sacar.

Ahora sí, ¿Terminamos?

¿Esto queda grabado?.

Perdón.

No quise... Extenderme.

Ni poner un tono moralista.

No quiero que piensen así de mí.

A veces siento que no doy una verdadera imagen de mí.

Es que eso es muy complejo incluso para uno mismo.

Ah...

Una última cosa.

Prometo ser muy breve.

Si me dijeran que volviera a vivir

Yo elegiría la misma vida

Pero con más suerte.

Eso sí,

Me gustaría ser dueña de muchos árboles.

¿El micrófono lo dejo aquí?

Apagón.